

Condición de la mujer y el niño

Quizá no existe rasgo más notable en la fisonomía social de los Estados Unidos que la condición de la mujer y del niño. Es tan profundo el sentimiento de respeto y afecto hacia ambos que se le puede calificar como una religión: y es al mismo tiempo tan universal que se le observa inalterable en todas las clases de la sociedad en cualquier punto del país. Cada hombre es allí *de hecho* el protector natural de esos dos frágiles seres que encierran el uno la felicidad, el otro la esperanza de la vida; por donde puede valorizarse el verdadero fondo de moral encerrado en el carácter de ese pueblo y lo que promete a la civilización del mundo una república que a la rudeza de su poderosa libertad ha unido la delicada virtud de enaltecer lo que tiene más poético la especie humana.

El extranjero se queda atónito en los Estados Unidos cuando contempla esa multitud de mujeres de cualquiera edad, que se encuentra en los vapores y caminos de fierro, recorriendo enormes distancias y atravesando ciudades que jamás ha visitado antes sin que se le ocurra concebir el menor recelo por su seguridad. Parece un enigma que semejante cosa se realice a cada momento en el seno de un país tan populoso, donde tienen que hallarse necesariamente muchos de los malos instintos y pasiones que en todo el mundo dan origen a los crímenes de los cuales la mujer es la víctima más fácil; pero cualquiera que sea la causa que lo ha producido el hecho es indudable. La costumbre ha llegado a modificar el carácter a punto de imprimirle como un sello distintivo ese respeto, esa protección siempre pronta a acudir en auxilio de la mujer y el niño; no por una vana ostentación, sino por la conciencia de un deber imprescindible y sagrado. ¡Honor y veneración a tan noble costumbre!

La libertad de la mujer no está coactada por ninguna fuerza, ni tiene otros límites que aquéllos trazados por el decoro y las conveniencias

sociales. Como miembro de una familia, nadie le disputa el derecho de cuidar de su honra y su bienestar, y de ser el guardián de su propia persona. Siendo la educación buena y estando al alcance de todos, cada mujer conoce sus deberes y no puede alegar ignorancia o imprevisión para disculpar sus faltas; de manera que hallándose en aptitud de aceptar la responsabilidad de su conducta no se ocurre a nadie la idea de humillarla con un celo ofensivo e impertinente y los celos y las celosías no existen para ella. La hija de familia recibe sola en el salón a sus amigos, a quienes los mismos padres no conocen a veces por haber faltado oportunidad de que les fuesen presentados; pero como sería insultarla y degradarla manifestar la más leve duda de su carácter, los padres son los primeros en consentir en esa libertad que no encierra ningún peligro verdadero. La joven en su casa y fuera de ella está bajo el amparo de sí misma, de la sociedad entera, y de la ley del Estado que todos respetan y obedecen: protección más que suficiente para ponerla al abrigo de toda clase de abusos.

He dicho que no hay peligro para la mujer en esa libertad, y es cierto; porque la seducción es uno de los más malos negocios que puede hacer un hombre en los Estados Unidos. La ley es inexorable en esta materia; de modo que el seductor tiene que casarse inmediatamente con su víctima, o elegir entre cinco o más años de prisión, y una multa arbitraria, por vía de dote. Un banquero que abusó de la credulidad de una joven obrera y rehusó hacerla su esposa tuvo que dotarla en setenta mil pesos. Se ve, pues, que la generalidad de los hombres no ha de inclinarse a caprichos que suelen costar tan caro y que, por consiguiente, la mujer está garantida contra la seducción.

Se dirá que en ciertos casos es imposible probar la culpabilidad del hombre; pero entonces la ley, inclinándose a favor del débil, admite el juramento de la mujer como prueba irrefragable. Si una joven jura ser madre a consecuencia de un engaño o de un abuso no hay esperanza para el hombre: ni siquiera se le admite pruebas en contrario. Este rigor exagerado no es injusto: porque en un país donde cada persona, hombre o mujer, sabe el valor de su reputación y cuenta sobre su crédito como capital, no se encontraría una sola mujer capaz de difamarse a sí misma por el interés de una suma de dinero. Faltando allí el aguijón de la miseria, la calumnia contra un hombre sería un acto de pura depravación que sólo podría ser intentado por esas desgraciadas que hacen del vicio una profesión y de la deshonra una industria. En este caso el hombre nada tiene que temer pues aquéllas se encuentran regimentadas, por decirlo

así, y habitan lugares públicos bajo la vigilancia de la policía: de manera que aun en el caso de ser acusado un individuo, la prueba contra él sería de todo punto imposible.

No es la ley la única protección de la mujer, ni tampoco la más eficaz. Su mejor garantía está en las costumbres de la sociedad en que vive. Así, por ejemplo: una joven de 18 años que viaja sola encuentra en todos los vapores un salón destinado exclusivamente a su sexo, servido por mujeres, y libre de todo contacto con los pasajeros del otro salón: lo mismo sucede en cualquier hotel en que quiera alojarse; y en una palabra, puede estar rodeada de señoras desde el principio hasta el fin de su viaje, sin hablar con un solo hombre. En los trenes hay carros en que duermen las señoras y en el extremo opuesto se halla el destinado a los otros pasajeros; y como la mujer puede enviar una sirvienta desde su casa a comprarle los boletos para toda su travesía, no necesita realmente ponerse en contacto con hombre alguno hasta llegar a su destino.

En caso de accidente a bordo o en el camino, es sabido que la mujer es lo primero en cuyo auxilio acuden todos. Cuando el “Central-América” naufragó frente al cabo Hatteras, sólo quedaban dos botes para seiscientos pasajeros: el capitán ordenó que las mujeres y los niños se embarcasen en ellos y todos vieron, sin proferir un murmullo, alejarse las únicas embarcaciones que debían salvar (y salvaron) lo que había de más precioso entre las vidas que existían allí en ese momento. Este rasgo de noble y santa abnegación es cosa que se repite en los Estados Unidos a cada rato.

La preferencia concedida a la mujer sobre el hombre es no sólo justa sino necesaria en un país donde cada paso avanzado por la industria en su rápido progreso excluye de la producción y la fabricación un número más o menos considerable de brazos; y a pesar de que por ese método se abaratan muchos artículos y se hace menos costosa la vida, el resultado momentáneo es la desocupación de las manos antes ocupadas en aquellas labores, y la miseria contra la cual tiene menos elementos la mujer por su misma debilidad física y moral. En los Estados Unidos se prefiere el trabajo de ésta al de aquél para todo lo que ella puede hacer; así, la mayoría de empleados en las fábricas de tejidos de algodón y otras telas, en las imprenta, en muchos talleres de litografía y grabado, entre otros, se compone de jóvenes de dieciséis a veinticinco años. La industria alimenta de ese modo a centenares de miles de mujeres cuya condición es comunalmente muy superior en comodidades y goces a lo que se puede imaginar desde luego. En muchas ciudades, especialmente en Boston,

los fabricantes hacen construir edificios espaciosos, perfectamente alumbrados y ventilados, divididos en una multitud de pequeños departamentos, donde viven las obreras. Allí se les da también el alimento en mesa común y reciben, además, una cantidad en dinero para sus gastos de vestido, calzado, etc. Este plan, que ahora empiezan a copiar los fabricantes en Europa, ofrece una economía muy considerable al empresario y al mismo tiempo proporciona a las jóvenes que viven de su trabajo una posición mucho más cómoda que la que podrían obtener por sus propios esfuerzos si se encontrasen aisladas unas de otras en la sociedad.

El mismo sistema suele seguirse con los niños. Desde algún tiempo a esta parte se han establecido casas semejantes para los que reparten o venden periódicos (*news paper boys*); de manera que un chiquillo de nueve o diez años, que gana en esta industria desde tres hasta seis reales al día, tiene más comodidades que muchos hombres a quienes su trabajo produce el doble o el triple. En algunas de esas casas suele dárseles también clases de instrucción primaria y elemental, y lecciones orales de religión, en las horas que el trabajo les deja desocupadas. El número de niños empleados sólo por la prensa periódica se calcula en más de 20 000 en la ciudad de Nueva York y en cerca de medio millón o más en todo el territorio de los Estados Unidos.

Las mujeres gozan, con excepción de los derechos políticos, todos los derechos del hombre y pueden aspirar a todas las posiciones compatibles con el carácter de su sexo. En varios de los Estados pueden contratar libremente, comprar, vender, administrar bienes, etc. Ejercen el derecho de asociación, reuniéndose en clubes, algunos de los cuales cuentan con centenares de miembros; dan lecturas públicas sobre materias muchas veces graves y difíciles; publican libros de todo género y varias de ellas han llegado a ser plumas influyentes en la prensa periódica. Hay autora a quien se paga US\$ 200 por cada columna, como lo hace el *Ledger*, periódico literario de Nueva York, que cuenta con medio millón de suscriptores. En los Estados Unidos no se considera ridículo que una señorita de dieciocho años concurra a las escuelas y academias; que viva con el trabajo de su inteligencia o de sus manos; que estudie o que escriba como un hombre; y, en fin, que sienta y haga sentir a todos su dignidad de persona y su poder como inteligencia. El autor de *La cabaña del tío Tom* es una señora. He ahí de qué modo la civilización enaltece a la mujer.

Lo más bello y digno de aprecio es el modo como cumple su misión de amor y bondad en la vida. Ella ha promovido y realizado el patriótico y nobilísimo pensamiento de rescatar el sepulcro de Jorge Washington,

se la encuentra donde quiera que hay una miseria o un infortunio que remediar, sostiene y fomenta las ferias para alivio del pobre, enseña y socorre a los niños en las escuelas dominicales; su solicitud escudriña todos los rincones de la sociedad para descubrir desgracias que socorrer, males que combatir, esperanzas que sostener y es en todos sentidos digna del amor y reconocimiento de los hombres.